

Adiós y buena suerte¹

Grace Paley

En algunos ambientes yo tenía mucho éxito, dice tía Rose. No es que entonces estuviera delgada, pero no me sobraban tantas carnes. Son cosas del tiempo, ya lo comprobarás tú misma, Lillie, por mucho que te sorprenda. Es el propio Dios quien quiere que las cosas cambien. Nadie se libra. Sólo una persona tan tranquila como tu mamá puede vivir sin enterarse de lo grande que se le está haciendo el trasero y pasarse treinta años cantando para el canario. Porque nadie la escucha. Papá está en la tienda. Tú y Seymour sólo pensáis en vosotros. Y ella espera en su limpiísima cocina a que alguien le diga algo amable mientras piensa «Pobre Rosie»...

¡Pobre Rosie! Si mi hermana pequeña tuviera un poco más de mundo, sabría que mi corazón está lleno a rebosar de sentimientos y que entre mi corsé y yo hay tanta información que, en comparación, su vida de casada no es más que un jardín de infancia.

Ahora vivo siempre en hoteles, unas veces en el centro y otras en la parte alta. ¿Para qué quiero un piso? No me gusta estar todo el día con un plumero en la mano, estornudando como si fuera una criada. Me llevo muy bien con los ayudantes de camarero, es mucho más interesante que vivir en un piso, hay toda clase de personas, y cada una de ellas está allí porque tiene sus motivos...

Y mi motivo, Lillie, es que hace mucho tiempo que le dije a la encargada de la tienda:

—Señora, si no puedo trabajar junto al escaparate, no puedo trabajar.

—Pues si no puedes trabajar, chica —me dijo en tono muy educado—, será mejor que te vayas a hacer esquinas.

Y así fue como perdí mi empleo en la tienda de novedades.

Busqué otro trabajo y contesté a un anuncio que pedía «Joven culta y educada, salario medio, organización cultural». Cogí el tranvía y me presenté en las señas. Era el Teatro de Arte Ruso de la Segunda Avenida. Allí sólo se representaban las mejores obras en yiddish. Necesitaban una taquillera, alguien como yo, a quien le gusta tratar con la gente, pero que no se deja intimidar por los caraduras. El hombre que me entrevistó era el administrador, un tipo muy decidido.

—Rosie Lieber —dijo nada más verme—, la verdad es que tiene usted una constitución muy sana...

—Cada uno es como es, señor Krimberg.

—No me interpretes mal, pequeña —añadió—. Lo decía en el mejor sentido. La sangre de las jovencitas que no tienen nada delante ni detrás está tan ocupada calentando las puntas de los pies y de las manos, que no tiene tiempo de circular por donde más falta hace que circule.

A nadie le molesta que le digan algo amable.

—Bien, pero no se pase de la raya, señor Krimberg —le dije—, y nos entenderemos.

Nos entendimos: nueve dólares a la semana, una taza de té cada noche, una entrada gratis a la semana para mamá, y, además, yo podía ir a ver los ensayos siempre que quisiera.

Ya estaban mis primeros nueve dólares en manos del tendero cuando el señor Krimberg me dijo:

¹ En: Paley, G. *Cuentos Completos*. Barcelona, Anagrama, 2016. Traducción de Enrique Hegewicz

—Rosie, aquí tienes a un gran caballero, miembro de esta magnífica compañía, que quiere conocerte. Seguro que le han impresionado tus grandes ojos pardos.

¿Sabes quién era, Lillie? Escúchame bien. Allí, delante de mí, estaba Volodya Vlashkin; la gente solía llamarle entonces el Valentino de la Segunda Avenida. Le dirigí una mirada y me dije: ¿Dónde pudo crecer tanto un chico judío?

—Justo en las afueras de Kiev —me dijo.

¿Cómo fue?

—Mi madre me amamantó hasta que cumplí los seis años. Era el chico más sano del pueblo.

—¡Dios mío, Vlashkin, hasta los seis años! ¡Pobre mujer, más que pechos, debía de tener un granero!

—Mi madre era bellísima —dijo—. Sus ojos eran como estrellas.

¡Qué forma de expresarse tenía! Hacía que te asomaran las lágrimas.

Después de esta presentación, Vlashkin le dijo a Krimberg:

—¿Quién tiene la culpa de que esta maravillosa joven esté escondida en una jaula?

—Es ahí donde se venden las entradas.

—De acuerdo, David. Entra ahí y vende entradas media hora. Tengo ciertas ideas respecto al futuro de esta muchacha. Anda, David, pórtate bien y ve un rato. Y usted, señorita Lieber, hágame el favor de acompañarme. Le sugiero que vayamos a tomar un «té[1]» al bar de Feinberg. Los ensayos son largos. Me gusta disfrutar de vez en cuando de un breve descanso en compañía de una persona agradable.

De modo que me llevó al bar de Feinberg, justo a la vuelta de la esquina; estaba lleno de gente de mala catadura, y el estruendo era ensordecedor. En el salón de la parte trasera del bar había una mesa especial para él. La señora de la casa había bordado a mano en el mantel: AQUÍ COME VLASHKIN. Habíamos vaciado nuestro primer vaso de «té» en silencio, porque estábamos muy sedientos, cuando, por fin, me decidí a decirle:

—Señor Vlashkin, le vi hace un par de semanas, antes de empezar a trabajar aquí, en *La gaviota*. Le digo la verdad: si yo hubiera sido esa chica, no le habría dirigido ni siquiera una mirada al joven burgués. Por mí habrían podido retirarle de la obra. Lo que no entiendo es cómo se le pudo ocurrir a Chéjov ponerle en la misma obra que a usted.

—¿Le gusté? —preguntó al tiempo que me cogía la mano y la acariciaba con suavidad—. Bien, bien, todavía les gusto a las jóvenes... Y... ¿le gusta a usted el teatro? Muy bien. ¿Sabe usted, Rose, que tiene una mano preciosa, cálida al tacto y con una piel muy tersa? ¿Por qué lleva ese pañuelo atado al cuello? No hace más que ocultar esta garganta tan tierna. Hija mía, han pasado los tiempos de la vergüenza.

—¿Vergüenza? —dije, y me quité el pañuelo. Pero mi mano derecha pasó a ocupar el sitio que antes ocupaba el pañuelo, porque la verdad es que eran otros tiempos y yo tenía un modo de ser que hacía que por cualquier cosa me derritiera de vergüenza.

—Tome un poco más de «té».

—No, gracias. Ya estoy hecha un samovar.

—¡Dorfmann! —aulló como un rey—. ¡Tráele a esta chica un vaso de soda con hielo!

Durante las semanas que siguieron a ese encuentro tuve oportunidad de conocerle cada vez mejor como persona, y también de verle trabajar en su profesión. Estábamos en otoño. El teatro era un continuo ir y venir de gente. Ensayos interminables. Cuando *La gaviota* fue retirada del cartel por falta de público, estrenaron *El vendedor de Estambul*, que tuvo un gran éxito.

Las señoras se volvían locas. La noche del estreno, a mitad de la primera escena, una señora —debía de ser viuda, o quizás su marido trabajaba demasiadas horas— empezó a batir palmas y cantar «¡Oi, oi, Vlashkin!». En pocos minutos se organizó tal jaleo, que los actores tuvieron que interrumpir la representación. Vlashkin se adelantó. Sólo que no parecía Vlashkin, sino un hombre más joven, de pelo negrísimo, con un ágil cuerpo posado sobre dos pies inquietos, y una boca que hablaba de un modo que llegaba al corazón. Medio siglo después, al terminar la representación, salió transformado otra vez, ahora en un canoso filósofo, un estudioso de la vida que todo lo había aprendido en los libros, de manos suaves como la seda... Lloré sólo de pensar que aquel hombre pudiera mirar con interés a una persona tan vulgar como yo.

Entonces me subieron un poco el sueldo, gracias a que Vlashkin tuvo la amabilidad de insinuárselo al administrador, y, además, cada vez que representaban una obra en la que había movimiento de masas, percibía cincuenta céntimos por función por darme el gustazo de subir al escenario en compañía de primos, parientes lejanos y jovencillos apasionados por el teatro para ver, como él hacía cada noche, los cientos de caras pálidas que aguardaban a que les mostrase sus sentimientos para reírse o inclinar apesadumbradas la cabeza.

Llegó el triste día en que tuve que decirle adiós a mamá. Vlashkin me ayudó a conseguir cerca del teatro una habitación que no estaba mal y me permitía ser más libre. De ese modo mi extraordinario amigo disfrutaba también de un lugar donde poder retirarse lejos del ruido de los camerinos. Ella no paraba de llorar.

—Ahora se vive de otra manera, mamá —le dije—. Además, lo hago por amor.

—¿Y tú, tú, que no eres más que un hediondo agujero en un cuerpo lujurioso, vas a decirme qué es la vida? —me gritó.

Me sentí muy ofendida, y me fui. Pero tengo buen carácter —ya sabes que los gordos somos así—, soy amable, y pensé, pobre mamá... Es cierto que sabía de la vida mucho más que yo. Se casó con un hombre que no le gustaba, un hombre enfermo cuya alma ya había sido tragada por Dios. No se lavaba nunca. Tenía mal aliento. Empezaron a caérsele los dientes, perdió el cabello, empequeñeció, se fue encogiendo poco a poco hasta que, ¡adiós, que te vaya bien!, ya se había ido, y mamá sólo se acordaba de él cuando bajaba al buzón del zaguán a recoger el recibo de la luz. En memoria de mi padre, y por respeto a la humanidad, decidí dedicar mi vida al amor.

Y tú no te rías, niña ignorante.

¿Crees que me resultó fácil? Tenía que seguir pasándole algo a mamá. Ruthie y tu papá estaban ahorrando para las sábanas y cuatro cubiertos. Para poder vivir sola, tenía que hacer trabajos a destajo por las mañanas. Así que me puse a hacer flores. Antes de la hora del almuerzo, cada día crecía todo un jardín en mi mesa.

Así era mi independencia, querida Lillie: florecía, pero no tenía raíces y sus pétalos eran de papel.

A todo esto Krimberg también empezó a irme detrás. Al ver el éxito de Vlashkin, debió de pensar: «Ajá, ábrete, sésamo...». Y otros de la compañía hicieron lo mismo. Aquellos años tuve muchos pretendientes: Krimberg, como te he dicho. Carl Zimmer, que se ponía peluca para hacer papeles de jovencitos ingenuos. Charlie Peel, un cristiano que entró en la compañía de puro accidente, y que hacía unos decorados bellísimos. «Tiene un sentido innato para el color», decía Vlashkin, que siempre tenía en los labios la frase adecuada.

Te explico todo esto para que no vayas a creer que tu gorda tía enloquecía de soledad. En aquellos ruidosos años tenía amigos que eran personas muy interesantes y que me admiraban porque era joven y porque sabía escuchar mejor que nadie.

Las actrices —Raisele, Marya, Esther Leopold— sólo estaban interesadas en el día de mañana. Solían ir detrás de ellas los ricos, los productores, todo el gremio de industriales de la confección[2]; su pasado era una sucesión de polvos, y su futuro dependía de encontrar un cipote que las mantuviera.

Por fin llegó el día en que mi tacto ya no pudo retener mi lengua:

—Vlashkin —le dije—, un pajarito me ha dicho que tienes esposa, hijos y toda la pesca.

—Es cierto. Yo nunca miento. Ni me gusta fingir.

—No se trata de eso. ¿Cómo es esa dama? Me duele preguntártelo, pero, dime, Vlashkin... no acabo de entender la vida de los hombres.

—Muchacha, ya te he dicho cientos de veces que esta pequeña habitación es un refugio para mi turbado espíritu. Vengo aquí a aprovechar el inocente cobijo que me ofreces, a encontrar un consuelo para una vida angustiada.

—Bah, Vlashkin, en serio, ¿quién es la dama con la que estás casado?

—Rosie, es una buena mujer de clase media, una buena madre para mis hijos, que en total son tres, todas chicas, y una buena cocinera. De joven era guapa, pero ya no es joven. ¿Puedo serte más sincero? Pongo mi alma en tus manos.

Fue al cabo de unos meses, en el baile de Año Nuevo del Club

de Artistas Rusos, donde conocí a la señora Vlashkin, una mujer de pelo moreno, anudado en un moño bajo, muy tiesa y orgullosa. Se sentó junto a una mesa baja y habló con voz grave con todos los que se pararon un momento a charlar. Hablaba un yiddish perfecto. Cada palabra que pronunciaba parecía cincelada como una costosa joya. La miré. Ella se fijó en mí del mismo modo que se fijaba en todo el mundo, sin perder ni por un instante la frialdad. Después se sintió cansada. Vlashkin llamó un taxi, y nunca volví a verla. ¡Pobre mujer! No sabía que yo actuaba en el mismo escenario que ella. No sabía que yo competía con ella por su papel.

Aquella misma noche, horas más tarde y delante de la puerta de mi casa, le dije a Vlashkin:

—Ya basta. Esto no es para mí. Estoy completamente harta de esta historia. No quiero romper un hogar.

—Niña, no digas tonterías.

—Nada, nada. Adiós y buena suerte —le dije—. Te lo digo sinceramente.

De modo que me tomé una semana de vacaciones y fui a pasarla a casa de mi madre; le limpié los armarios y froté las paredes hasta que saltó la pintura. Ella estaba muy agradecida, pero, de todos modos, la dura vida que había llevado le hizo decirme:

—Ahora ya sabemos cuál es el final. Cuando se vive como una cualquiera, se acaba mal de la chaveta.

Después de aquellos pocos días de descanso volví a mi vida habitual. Cuando Vlashkin y yo nos veíamos, sólo nos decíamos hola y adiós, y nos pasamos varios años saludándonos con una inclinación de la cabeza que quería decir «Sí, sí, ya sé quién eres».

Entre tanto hubo un cambio de estrategia. Tu mamá y tu abuela empezaron a invitar a chicos a casa. Tu padre tenía un hermano, Ruben. Tú no le conociste. Un tipo serio. Un idealista de pies a cabeza.

—Rosie, te ofrezco una nueva vida, libre, feliz y nada corriente.

Le pedí que se explicara.

—Vente conmigo a Palestina. Haremos un vergel del desierto.

Ésa es la tierra del mañana para los judíos.

—¡Qué bien, Ruben! ¡Mañana iré!

—¡Rosie! Necesitamos mujeres fuertes como tú, necesitamos madres y campesinas.

—No creas que me engañas, Ruben. Lo que necesitáis son percherones. Pero, para conseguirlos, deberíais tener más dinero.

—No me gusta tu actitud, Rose.

—En ese caso, vete y multiplícate. ¡Adiós!

Otro tipo: Yonkel Gurstein, un auténtico petimetre. Iba siempre hecho un brazo de mar, dispuesto a partir corazones. Y era muy excitable. En aquellos tiempos —para mí es como si fuera ayer— las chicas llevábamos tanta ropa interior, que parecíamos fortalezas. Pero para él era cuestión de segundos forzar nuestras defensas. ¿Dónde debió de practicar, siendo judío? Supongo que hoy día es más fácil, ¿no, Lillie? ¡Dios mío, no he dicho nada, no te ofendas, qué susceptible eres, niña...!

Bueno, a estas alturas ya debes de haberte enterado de que, hagas lo que hagas, la vida no se detiene. Como máximo, se sienta a soñar un minuto.

Mientras yo les decía «No, no, no» a todos esos jovencitos tontos, Vlashkin se fue a Europa para hacer una gira que duró varias temporadas... Moscú, Praga, Londres y hasta Berlín, que ya entonces era una ciudad deprimente. Cuando regresó de la gira escribió un libro. Aún puedes encontrarlo en la biblioteca pública. Se titula *El actor judío en el extranjero*. Léelo si algún día te interesa saber algo de mis días solitarios. En el libro podrías ver un poco cómo era él. No, no, a mí no me menciona. Al fin y al cabo, ¿quién soy yo?

Cuando salió el libro, le paré en la calle para felicitarle. Pero no soy ninguna mentirosa, y le indiqué que algunas partes me parecían muy egotistas, y que hasta los críticos habían dicho algo de eso.

—Habladurías —dijo—. ¿Y quiénes son los críticos? Dime, ¿acaso son capaces de crear algo? Por otro lado —continuó— hay un verso en una de las obras de Shakespeare sobre la historia de Inglaterra que dice: «No es tan grave amarse a sí mismo, mi señor, como despreciarse a sí mismo». Esta idea aparece también en los moralistas que siguen las ideas de Freud... ¿Me escuchas, Rosie? Me has hecho una pregunta. Por cierto, tienes muy buen aspecto. ¿Cómo es que no llevas alianza?

Cuando terminamos esa conversación, yo estaba llorando. Pero después de aquel día volvimos a charlar de vez en cuando. Hablamos de muchas cosas... Por ejemplo, de que la dirección de la compañía —gente de miras estrechas— se negaba a seguir dándole ciertos papeles de personajes jóvenes. ¡Qué estúpidos! ¿Acaso había algún actor más joven que él cuyo conocimiento de la vida le permitiera superarlo en juventud?

—Rosie, Rosie —me dijo un día—, por el reloj de tu sonrosado rostro veo que debes de haber cumplido los treinta.

—Ese reloj atrasa, Vlashkin. Hace diez días que cumplí los treinta y cuatro.

—¿En serio? Rosie, me preocupas. Hace tiempo que pensaba hablarte. Estás perdiendo el tiempo. ¿Entiendes? Las mujeres no deben perder el tiempo.

—¿Sí, Vlashkin? Dime, ya que eres amigo mío, ¿qué es el tiempo?

No supo contestarme. Se quedó mirándome sorprendido. Pero no nos quedamos parados, sino que, muy amartelados, aunque no tan deprisa como antes, nos fuimos a mi nuevo piso de la calle Noventa y Cuatro. En las paredes había las mismas fotos de siempre, todas de Vlashkin, pero ahora lo había pintado todo en rojo y negro, que era lo último, y había tapizado de nuevo los muebles.

Hace unos años se publicó otro libro escrito por un miembro de aquella compañía, una actriz, que aprendió a pronunciar muy bien el inglés y se fue a trabajar a teatros de la parte alta: Marya Kavkaz. Decía algunas cosas sobre Vlashkin. Por

ejemplo, que había sido su amante durante once años. No le da vergüenza escribirlo. No parece sentir ningún respeto por él, por su mujer y sus hijas, o por otros que también puedan tener sus sentimientos respecto al asunto.

No, Lillie, no te sorprendas. La vida es así, como suele decirse. El alma de un actor tiene que ser como un diamante. Cuantas más facetas tenga, más brillará su nombre. Tú, pequeña, te casarás un día con un hombre al que querrás, y tendrás un par de hijos y vivirás toda una vida de felicidad hasta que te mueras de vieja. Eso es todo lo que necesita saber una persona como nosotras. Pero un gran artista como Volodya Vlashkin..., si quiere triunfar en los escenarios, tiene que practicar. Ahora sí que lo entiendo: para él la vida es como un ensayo.

Yo misma, cuando le vi en *El suegro* —un hombre mayor enamorado de su nuera una joven preciosa, el papel lo hacía Raisele Maisel—, no tuve más remedio que ponerme a llorar. ¡Qué cosas le decía a aquella joven, con qué dulzura le susurraba al oído, cómo reflejaba su rostro sus sentimientos...! Lillie, toda aquella experiencia la había tenido conmigo. Hasta las palabras eran las mismas. Puedes imaginarte lo orgullosa que me sentí.

Y, mientras tanto, esta historia se iba acercando a su fin. La primera vez que lo noté, fue en el rostro de mi madre: la garrapata caligrafía del tiempo subía y bajaba por sus mejillas, por su frente. Hasta un niño hubiera podido leerla. Vieja, vieja, vieja, decía. Pero me afectó mucho más cuando vi esa misma letra, esa misma realidad, trazada en la maravillosa expresión de Vlashkin.

Primero se disolvió la compañía. El teatro cerró. Esther Leopold murió de vieja. Krimberg sufrió un ataque al corazón. Marya pasó a Broadway. Y Raisele se cambió el nombre, se puso Roslyn y tuvo un gran éxito haciendo papeles cómicos en el cine. En cuanto a Vlashkin, que no tenía adónde ir, se retiró. En el periódico dijeron: «Un actor sin par, se dedicará ahora a escribir sus memorias y pasará el resto de sus años en el seno de su familia, entre sus preciosos nietos y recibiendo los amorosos cuidados de su esposa».

Esto no es más que periodismo.

Organizamos una gran cena en su honor. En esa cena le dije, creí que por última vez:

—Adiós, querido amigo, tema de mi vida. Tenemos que separarnos.

Y para mis adentros añadí: se acabó. Te quedas con tu cama solitaria. Eres una de esas mujeres a las que llaman gordas y cincuentonas. Claro que tú te lo has buscado. Dentro de un tiempo caerás de ese lecho solitario a otro no tan solitario. Lástima que la compañía será de miles de huesos.

Pero ¿sabes qué ha pasado? ¡A que no lo adivinas, Lillie!

La semana pasada, mientras estaba lavándome la ropa interior en el lavabo, sonó el teléfono.

—Perdón, ¿vive aquí Rose Lieber, la señorita que antes estuvo relacionada con la compañía del Teatro de Arte Ruso?

—Soy yo.

—Muy bien. ¿Cómo estás, Rose? Soy Vlashkin.

—¡Vlashkin! ¿Volodya Vlashkin?

—El mismo. ¿Cómo te encuentras, Rosie?

—Sigo viva, Vlashkin, gracias.

—¿Estás bien? ¿De verdad, Rose? ¿Tienes buena salud? ¿Tienes trabajo?

—Mi salud, teniendo en cuenta el peso que tiene que arrastrar, es inmejorable. Y, desde hace años, vuelvo a estar donde empecé. Trabajo en una tienda de novedades.

—Muy interesante.

—Oye, Vlashkin, dime la verdad: ¿qué es lo que quieres?

—¿Qué quiero, Rosie? Busco a una vieja amiga, a una cariñosa amiga que me hizo compañía en días más felices. Por cierto, mis circunstancias ya no son las mismas. Ya sabes que estoy retirado. Y, además, ahora soy libre.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—La señora Vlashkin va a divorciarse de mí.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Es que, a causa de la melancolía, te has dado a la bebida, o algo así?

—Ha pedido el divorcio acusándome de adúltero.

—Pero, perdóname, Vlashkin, no te ofendas. Te pasaste diecisiete o dieciocho años conmigo, e, incluso para mí, todo aquello, todas aquellas ensoñaciones y aquellas pesadillas, no tenían, en realidad, otro objeto que conversar y poca cosa más.

—Todo esto ya se lo he dicho. Querida, le he dicho, ya no tengo edad para esas cosas y mi sangre está tan seca como mis huesos. Pero, la verdad, Rosie, la verdad, es que ella no está acostumbrada a tener un hombre rondando todo el día por su casa, leyendo en voz alta en el periódico los hechos más destacados de cada día, esperando que le sirvan el desayuno, esperando que le sirvan la comida. Y con cada hora que pasa tiene más mala leche. Cuando llega la noche y me sirve la cena, ya está completamente fuera de sus casillas. Y tiene informaciones recopiladas durante los últimos cincuenta años que le permiten hacerme la vida imposible. Parece que en el teatro debía de haber algún Judas que cada día iba a decirle «Vlashkin, Vlashkin, Vlashkin...», mientras yo repartía sonrisas.

—¿Qué final tan estúpido para una historia tan animada, Volodya! ¿Qué planes tienes?

—En primer lugar, ¿podría invitarte a cenar y al teatro? En la zona alta, por supuesto. Y después..., somos viejos amigos, ¿no? Yo tengo mucho dinero y quiero gastarlo. Lo que tu corazón te diga. Los otros son como la hierba, Rosie, el viento del norte del tiempo ha segado su corazón. Pero de ti sólo recuerdo amabilidades. Fuiste lo que una mujer debería ser para un hombre. ¿Tú crees, Rosie, que un par de viejos amigos como nosotros pueden disfrutar todavía de algunos ratos buenos rodeados de las cosas materiales que nos brinda este mundo?

Mi respuesta, Lillie, fue un sí rotundo:

—Sí, ven a buscarme. Tenemos que charlar.

Así que vino aquella noche y ha seguido viniendo todas las noches de esta semana, y hablamos de su larga vida. Sigue siendo, pese a su edad, un hombre fascinante. Y, como suelen hacer los hombres, incluso a su edad, todavía sigue negándose a sentirse atado.

—Mira, Rosie —me dice el otro día—. Me he pasado casado con mi mujer casi medio siglo. ¿Te das cuenta? ¿Y de qué ha servido? Fíjate cuánto rencor sale ahora. Cuanto más lo pienso, más creo que seríamos necios si nos casáramos.

—Volodya Vlashkin —le dije mirándole fijamente—, cuando era joven calenté tu fría espalda más de una noche sin hacer preguntas. Tú mismo lo admites. No te pedí nada. Tenía el corazón demasiado blando. No quería que andasen por ahí diciendo: Mira a Rosie Lieber, esa que va por el mundo rompiendo hogares. Pero ahora, Vlashkin, ahora eres libre. ¿Cómo puedes pedirme que viaje contigo y vaya en el mismo compartimiento de tren y duerma en tu misma habitación de hotel, rodeada de norteamericanos, sin ser tu esposa?

Deberías avergonzarte.

De modo que ahora, Lillie, anda y ve a contarle esta historia a tu madre con tus labios jóvenes. A mí nunca me hace caso. Se pone a chillar: «¡Que me desmayo! ¡Que

me desmayo!». Dile que al final tendré marido. Todo el mundo sabe que, antes de que acabe la historia, las mujeres deberían tener, al menos, uno.

¡Dios mío, voy a llegar tarde! Dame un beso. Al fin y al cabo, te he visto crecer. Anda, deséame suerte en el día de mi boda. Deséame una vida larga y feliz. Y muchos años de amor. Abraza a mamá, y dile, de parte de tía Rose, ¡adiós, que te vaya bien!

Goodbye and Good Luck²

Grace Paley

I was popular in certain circles, says Aunt Rose. I wasn't no thinner then, only more stationary in the flesh. In time to come, Lillie, don't be surprised—change is a fact of God. From this no one is excused. Only a person like your mama stands on one foot, she don't notice how big her behind is getting and sings in the canary's ear for thirty years. Who's listening? Papa's in the shop. You and Seymour, thinking about yourself. So she waits in a spotless kitchen for a kind word and thinks—poor Rosie ...

Poor Rosie! If there was more life in my little sister, she would know my heart is a regular college of feelings and there is such information between my corset and me that her whole married life is a kindergarten.

Nowadays you could find me any time in a hotel, uptown or downtown. Who needs an apartment to live like a maid with a dustrag in the hand, sneezing? I'm in very good with the bus-boys, it's more interesting than home, all kinds of people, everybody with a reason ...

And my reason, Lillie, is a long time ago I said to the forelady, "Missus, if I can't sit by the window, I can't sit." "If you can't sit, girlie," she says politely, "go stand on the street corner." And that's how I got unemployed in novelty wear.

For my next job I answered an ad which said: "Refined young lady, medium salary, cultural organization." I went by trolley to the address, the Russian Art Theater of Second Avenue, where they played only the best Yiddish plays. They needed a ticket seller, someone like me, who likes the public but is very sharp on crooks. The man who interviewed me was the manager, a certain type.

Immediately he said: "Rosie Lieber, you surely got a build on you!"

"It takes all kinds, Mr. Krimberg."

"Don't misunderstand me, little girl," he said. "I appreciate, I appreciate. A young lady lacking fore and aft, her blood is so busy warming the toes and the fingertips, it don't have time to circulate where it's most required."

Everybody likes kindness. I said to him: "Only don't be fresh, Mr. Krimberg, and we'll make a good bargain."

We did: Nine dollars a week, a glass of tea every night, a free ticket once a week for Mama, and I could go watch rehearsals any time I want.

My first nine dollars was in the grocer's hands ready to move on already, when Krimberg said to me, "Rosie, here's a great gentleman, a member of this remarkable theater, wants to meet you, impressed no doubt by your big brown eyes."

And who was it, Lillie? Listen to me, before my very eyes was Volodya Vlashkin, called by the people of those days the Valentino of Second Avenue. I took one look, and I said to myself: Where did a Jewish boy grow up so big? "Just outside Kiev," he told me.

How? "My mama nursed me till I was six. I was the only boy in the village to have such health."

"My goodness, Vlashkin, six years old! She must have had shredded wheat there, not breasts, poor woman."

"My mother was beautiful," he said. "She had eyes like stars."

² En: Paley, G. *The Collected Stories*. New York, Farrar, Straus and Giroux, 1994.

He had such a way of expressing himself, it brought tears.

To Krimberg, Vlashkin said after this introduction: "Who is responsible for hiding this wonderful young person in a cage?"

"That is where the ticket seller sells."

"So, David, go in there and sell tickets for a half hour. I have something in mind in regards to the future of this girl and this company. Go, David, be a good boy. And you, Miss Lieber, please, I suggest Feinberg's for a glass of tea. The rehearsals are long. I enjoy a quiet interlude with a friendly person."

So he took me there, Feinberg's, then around the corner, a place so full of Hungarians, it was deafening. In the back room was a table of honor for him. On the tablecloth embroidered by the lady of the house was *Here Vlashkin Eats*. We finished one glass of tea in quietness, out of thirst, when I finally made up my mind what to say.

"Mr. Vlashkin, I saw you a couple weeks ago, even before I started working here, in *The Sea Gull*. Believe me, if I was that girl, I wouldn't look even for a minute on the young bourgeois fellow. He could fall out of the play altogether. How Chekhov could put him in the same play as you, I can't understand."

"You liked me?" he asked, taking my hand and kindly patting it. "Well, well, young people still like me ... so, and you like the theater too? Good. And you. Rose, you know you have such a nice hand, so warm to the touch, such a fine skin, tell me, why do you wear a scarf around your neck? You only hide your young, young throat. These are not olden times, my child, to live in shame."

"Who's ashamed?" I said, taking off the kerchief, but my hand right away went to the kerchief's place, because the truth is, it really was olden times, and I was still of a nature to melt with shame.

"Have some more tea, my dear."

"No, thank you, I am a samovar already."

"Dorfmann!" he hollered like a king. "Bring this child a seltzer with fresh ice!"

In weeks to follow I had the privilege to know him better and better as a person—also the opportunity to see him in his profession. The time was autumn; the theater full of coming and going. Rehearsing without end. After *The Sea Gull* flopped, *The Salesman from Istanbul* played, a great success.

Here the ladies went crazy. On the opening night, in the middle of the first scene, one missus—a widow or her husband worked too long hours—began to clap and sing out, "Oi, oi, Vlashkin." Soon there was such a tumult, the actors had to stop acting. Vlashkin stepped forward. Only not Vlashkin to the eyes ... a younger man with pitch-black hair, lively on restless feet, his mouth clever. A half a century later at the end of the play he came out again, a gray philosopher, a student of life from only reading books, his hands as smooth as silk ... I cried to think who I was—nothing—and such a man could look at me with interest.

Then I got a small raise, due to he kindly put in a good word for me, and also for fifty cents a night I was given the pleasure together with cousins, in-laws, and plain stage-struck kids to be part of a crowd scene and to see like he saw every single night the hundreds of pale faces waiting for his feelings to make them laugh or bend down their heads in sorrow.

The sad day came, I kissed my mama goodbye. Vlashkin helped me to get a reasonable room near the theater to be more free. Also my outstanding friend would have a place to recline away from the noise of the dressing rooms. She cried and she cried. "This is a different way of living. Mama," I said. "Besides, I am driven by love."

“You! You, a nothing, a rotten hole in a piece of cheese, are you telling me what is life?” she screamed.

Very insulted, I went away from her. But I am good-natured—you know fat people are like that—kind, and I thought to myself, poor Mama ... it is true she got more of an idea of life than me. She married who she didn't like, a sick man, his spirit already swallowed up by God. He never washed. He had an unhappy smell. His teeth fell out, his hair disappeared, he got smaller, shriveled up little by little, till goodbye and good luck he was gone and only came to Mama's mind when she went to the mailbox under the stairs to get the electric bill. In memory of him and out of respect for mankind. I decided to live for love.

Don't laugh, you ignorant girl.

Do you think it was easy for me? I had to give Mama a little something. Ruthie was saving up together with your papa for linens, a couple knives and forks. In the morning I had to do piecework if I wanted to keep by myself. So I made flowers. Before lunch time every day a whole garden grew on my table.

This was my independence, Lillie dear, blooming, but it didn't have no roots and its face was paper.

Meanwhile Krimberg went after me too. No doubt observing the success of Vlashkin, he thought. Aha, open sesame ... Others in the company similar. After me in those years were the following: Krimberg I mentioned. Carl Zimmer, played innocent young fellows with a wig. Charlie Peel, a Christian who fell in the soup by accident, a creator of beautiful sets. “Color is his middle name,” says Vlashkin, always to the point.

I put this in to show you your fat old aunt was not crazy out of loneliness. In those noisy years I had friends among interesting people who admired me for reasons of youth and that I was a first-class listener.

The actresses—Raisele, Marya, Esther Leopold—were only interested in tomorrow. After them was the rich men, producers, the whole garment center: their past is a pincushion, future the eye of a needle.

Finally the day came, I no longer could keep my tact in my mouth. I said: “Vlashkin, I hear by carrier pigeon you have a wife, children, the whole combination.”

“True, I don't tell stories. I make no pretense.”

“That isn't the question. What is this lady like? It hurts me to ask, but tell me, Vlashkin ... a man's life is something I don't clearly see.”

“Little girl, I have told you a hundred times, this small room is the convent of my troubled spirit. Here I come to your innocent shelter to refresh myself in the midst of an agonized life.”

“Ach, Vlashkin, serious, serious, who is this lady?”

“Rosie, she is a fine woman of the middle classes, a good mother to my children, three in number, girls all, a good cook, in her youth handsome, now no longer young. You see, could I be more frank? I entrust you, dear, with my soul.”

It was some few months later at the New Year's ball of the Russian Artists Club, I met Mrs. Vlashkin, a woman with black hair in a low bun, straight and too proud. She sat at a small table speaking in a deep voice to whoever stopped a moment to converse. Her Yiddish was perfect, each word cut like a special jewel. I looked at her. She noticed me like she noticed everybody, cold like Christmas morning. Then she got tired. Vlashkin called a taxi and I never saw her again. Poor woman, she did not know I was on the same stage with her. The poison I was to her role, she did not know.

Later on that night in front of my door I said to Vlashkin, “No more. This isn't for me. I am sick from it all. I am no home breaker.”

“Girlie,” he said, “don't be foolish.”

“No, no, goodbye, good luck,” I said. “I am sincere.”

So I went and stayed with Mama for a week’s vacation and cleaned up all the closets and scrubbed the walls till the paint came off. She was very grateful, all the same her hard life made her say, “Now we see the end. If you live like a bum, you are finally a lunatic.”

After this few days I came back to my life. When we met, me and Vlashkin, we said only hello and goodbye, and then for a few sad years, with the head we nodded as if to say, “Yes, yes, I know who you are.”

Meanwhile in the field was a whole new strategy. Your mama and your grandmama brought around—boys. Your own father had a brother, you never even seen him. Ruben. A serious fellow, his idealism was his hat and his coat. “Rosie, I offer you a big new free happy unusual life.” How? “With me, we will raise up the sands of Palestine to make a nation. That is the land of tomorrow for us Jews.” “Ha-ha, Ruben, I’ll go tomorrow then.” “Rosie!” says Ruben. “We need strong women like you, mothers and farmers.” “You don’t fool me, Ruben, what you need is dray horses. But for that you need more money.” “I don’t like your attitude, Rose.” “In that case, go and multiply. Goodbye.”

Another fellow: Yonkel Gurstein, a regular sport, dressed to kill, with such an excitable nature. In those days—it looks to me like yesterday—the youngest girls wore undergarments like Battle Creek, Michigan. To him it was a matter of seconds. Where did he practice, a Jewish boy? Nowadays I suppose it is easier, Lillie? My goodness, I ain’t asking you nothing—touchy, touchy ...

Well, by now you must know yourself, honey, whatever you do, life don’t stop. It only sits a minute and dreams a dream.

While I was saying to all these silly youngsters “no, no, no,” Vlashkin went to Europe and toured a few seasons ... Moscow, Prague, London, even Berlin—already a pessimistic place. When he came back he wrote a book you could get from the library even today, *The Jewish Actor Abroad*. If someday you’re interested enough in my lonesome years, you could read it. You could absorb a flavor of the man from the book. No, no, I am not mentioned. After all, who am I?

When the book came out I stopped him in the street to say congratulations. But I am not a liar, so I pointed out, too, the egotism of many parts—even the critics said something along such lines.

“Talk is cheap,” Vlashkin answered me. “But who are the critics? Tell me, do they create? Not to mention,” he continues, “there is a line in Shakespeare in one of the plays from the great history of England. It says, ‘Self-loving is not so vile a sin, my liege, as self-neglecting.’ This idea also appears in modern times in the moralistic followers of Freud ... Rosie, are you listening? You asked a question. By the way, you look very well. How come no wedding ring?”

I walked away from this conversation in tears. But this talking in the street opened the happy road up for more discussions. In regard to many things ... For instance, the management—very narrow-minded—wouldn’t give him any more certain young men’s parts. Fools. What youngest man knew enough about life to be as young as him?

“Rosie, Rosie,” he said to me one day, “I see by the clock on your rosy, rosy face you must be thirty.”

“The hands are slow, Vlashkin. On a week before Thursday I was thirty-four.”

“Is that so? Rosie, I worry about you. It has been on my mind to talk to you. You are losing your time. Do you understand it? A woman should not lose her time.”

“Oi, Vlashkin, if you are my friend, what is time?”

For this he had no answer, only looked at me surprised. We went instead, full of interest but not with our former speed, up to my new place on Ninety-fourth Street. The same pictures on the Wall, all of Vlashkin, only now everything painted red and black, which was stylish, and new upholstery.

A few years ago there was a book by another member of that fine company, an actress, the one that learned English very good and went uptown—Marya Kavkaz, in which she says certain things regarding Vlashkin. Such as, he was her lover for eleven years, she's not ashamed to write this down. Without respect for him, his wife and children, or even others who also may have feelings in the matter.

Now, Lillie, don't be surprised. This is called a fact of life. An actor's soul must be like a diamond. The more faces it got the more shining is his name. Honey, you will no doubt love and marry one man and have a couple kids and be happy forever till you die tired. More than

that, a person like us don't have to know. But a great artist like Volodya Vlashkin ... in order to make a job on the stage, he's got to practice. I understand it now, to him life is like a rehearsal.

Myself, when I saw him in *The Father-in-Law*—an older man in love with a darling young girl, his son's wife, played by Raisele Maisel—I cried. What he said to this girl, how he whispered such sweetness, how all his hot feelings were on his face ... Lillie, all this experience he had with me. The very words were the same. You can imagine how proud I was.

So the story creeps to an end.

I noticed it first on my mother's face, the rotten handwriting of time, scribbled up and down her cheeks, across her forehead back and forth—a child could read—it said old, old, old. But it troubled my heart most to see these realities scratched on Vlashkin's wonderful expression.

First the company fell apart. The theater ended. Esther Leopold died from being very aged. Krimberg had a heart attack. Marya went to Broadway. Also Raisele changed her name to Roslyn and was a big comical hit in the movies. Vlashkin himself, no place to go, retired. It said in the paper, "An actor without peer, he will write his memoirs and spend his last years in the bosom of his family among his thriving grandchildren, the apple of his wife's dotting eye."

This is journalism.

We made for him a great dinner of honor. At this dinner I said to him, for the last time, I thought, "Goodbye, dear friend, topic of my life, now we part." And to myself I said further: Finished. This is your lonesome bed. A lady what they call fat and fifty. You made it personally. From this lonesome bed you will finally fall to a bed not so lonesome, only crowded with a million bones.

And now comes? Lillie, guess.

Last week, washing my underwear in the basin, I get a buzz on the phone. "Excuse me, is this the Rose Lieber formerly connected with the Russian Art Theater?"

"It is."

"Well, well, how do you do, Rose? This is Vlashkin."

"Vlashkin! Volodya Vlashkin?"

"In fact. How are you, Rose?"

"Living, Vlashkin, thank you."

"You are all right? Really, Rose? Your health is good? You are working?"

"My health, considering the weight it must carry, is First-class. I am back for some years now where I started, in novelty wear."

"Very interesting."

"Listen, Vlashkin, tell me the truth, what's on your mind?"

"My mind? Rosie, I am looking up an old friend, an old warmhearted companion of more joyful days. My circumstances, by the way, are changed. I am retired, as you know. Also I am a free man."

"What? What do you mean?"

"Mrs. Vlashkin is divorcing me."

"What come over her? Did you start drinking or something from melancholy?"

"She is divorcing me for adultery."

"But, Vlashkin, you should excuse me, don't be insulted, but you got maybe seventeen, eighteen years on me, and even me, all this nonsense—this daydreams and nightmares—is mostly for the pleasure of conversation alone."

"I pointed all this out to her. My dear. I said, my time is past, my blood is as dry as my bones. The truth is, Rose, she isn't accustomed to have a man around all day, reading out loud from the papers the interesting events of our time, waiting for breakfast, waiting for lunch. So all day she gets madder and madder. By nighttime a furious old lady gives me my supper. She has information from the last fifty years to pepper my soup. Surely there was a Judas in that theater, saying every day, 'Vlashkin, Vlashkin, Vlashkin ...' and while my heart was circulating with his smiles he was on the wire passing the dope to my wife."

"Such a foolish end, Volodya, to such a lively story. What is your plans?"

"First, could I ask you for dinner and the theater—uptown, of course? After this ... we are old friends. I have money to burn. What your heart desires. Others are like grass, the north wind of time has cut out their heart. Of you, Rosie, I re-create only kindness. What a woman should be to a man, you were to me. Do you think, Rosie, a couple of old pals like us could have a few good times among the material things of this world?"

My answer, Lillie, in a minute was altogether. "Yes, yes, come up," I said. "Ask the room by the switchboard, let us talk."

So he came that night and every night in the week, we talked of his long life. Even at the end of time, a fascinating man. And like men are, too, till time's end, trying to get away in one piece.

"Listen, Rosie," he explains the other day. "I was married to my wife, do you realize, nearly half a century. What good was it? Look at the bitterness. The more I think of it, the more I think we would be fools to marry."

"Volodya Vlashkin," I told him straight, "when I was young I warmed your cold back many a night, no questions asked. You admit it, I didn't make no demands. I was softhearted. I didn't want to be called Rosie Lieber, a breaker up of homes. But now, Vlashkin, you are a free man. How could you ask me to go with you on trains to stay in strange hotels, among Americans, not your wife? Be ashamed."

So now, darling Lillie, tell this story to your mama from your young mouth. She don't listen to a word from me. She only screams, "I'll faint, I'll faint." Tell her after all I'll have a husband, which, as everybody knows, a woman should have at least one before the end of the story.

My goodness, I am already late. Give me a kiss. After all. I watched you grow from a plain seed. So give me a couple wishes on my wedding day. A long and happy life. Many years of love. Hug Mama, tell her from Aunt Rose, goodbye and good luck.